

Los dos rostros del Caribe¹

Por **Didier Lanao Rebolledo***

Caribe nos han llamado, Caribe nos hemos educado y Caribe nos hemos representado. Desde hace tiempo hemos atravesado diferentes procesos y conflictos sociales, económicos y políticos que han tenido eco en las distintas sociedades desde el choque de dos mundos en 1492, cuando el sometimiento y la esclavitud generaron una ruptura en la vida de diversas culturas. En la actualidad, reflexionamos respecto a qué somos, qué podemos ser al tener numerosas procedencias culturales y genéticas. Es decir, preguntamos por nuestra identidad caribeña. Sin embargo, ¿qué es Caribe? Quizá sea una invención de Colón para describir una cultura antropófaga; luego una categoría en la que insertaron a indígenas y afros; y, por último, una representación insular y continental (Gaztambide, 2006). Al llegar al punto de la representación Caribe nos volvemos conscientes de la sujeción colonial y emprendemos una subjetivación a través de la resistencia; una apropiación del término Caribe, pero reconstruido por quienes han sentido en carne propia la marcación a fuego colonial.

Con esto vemos un Caribe bifurcado: lo contrapuesto y lo bifocal. Desde la perspectiva de Mori (2010), se nos presenta un Caribe balcanizado con una visión heterogénea de unidades superpuestas conformadas por islas descritas geográficamente (lo tropical, sol, palmeras, etc.) y geopolíticamente, al establecer fronteras imperiales. Pero en sí, es una descripción que llega de afuera, no tiene presente lo autóctono y expone un Caribe autocentrado, definido con características propias «orientadas hacia el pleno desarrollo de su potencial local y su dinamismo interno» (Mori, 2010, p 3). Acá se describe un esquema de región que responde a un mismo interés. He aquí lo contrapuesto.

Del lado bifocal está la realidad coyuntural que la región atraviesa en el presente: el Caribe insular y el Caribe continental. Este hemisferio bifocal se refiere a dos lentes en una misma montura: uno con una visión a corta y otro a larga distancia. Dicha distancia es la representación del tiempo, la episteme con que se mire y lo involucrado que se esté en la experiencia. Dos lentes en la misma montura, dos experiencias en la misma conquista: la Plantación y las haciendas.

1. Subcapítulo del trabajo de grado en Antropología de Didier Lanao Rebolledo titulado «Lo negro como chiste andante, la naturalización del racismo a través del humor, en Santa Marta, Colombia».

* Estudiante de Antropología en trabajo de grado y miembro del grupo TA.LI.UM. E-mail: didierlanao2016@gmail.com.

La primera se da en la zona insular (con su auge y revolución azucarera) y la segunda en la zona continental (acompañada por la minería).

Abello y Bassi (2015) establecen unos puntos de comparación entre cada uno de estos sistemas socioeconómicos. Mientras que las haciendas eran un:

[...] sistema de producción basado en la propiedad y explotación de la tierra, [que] dominó la economía agrícola de las colonias españolas en el continente americano, donde reemplazó a sistemas basados en la propiedad de la mano de obra indígena, como la encomienda y el repartimiento (p. 4).

La Plantación, con «P» mayúscula, era una estructura socioeconómica y/o un sistema de producción agrícola conformado bajo la ordenación del monocultivo a base de mano de obra esclava, destinado para la exportación (Abello y Bassi, 2015). En este sentido, tenemos que las haciendas requerían un capital escaso, dependiente del mercado local que producía la tierra y mano de obra para el propietario y su familia. La Plantación, por su parte, requería de un capital mucho mayor porque su mercado era de carácter supranacional y con accionistas internacionales.

La Plantación bifurcó aún más el Caribe insular y provocó diferentes procesos de abolición, debido a la diversidad y la complejidad que presentó la esclavitud en cada región y subregión. En Cuba y República Dominicana, por ejemplo, se desarrollaron circuitos migratorios, y con el tiempo se fueron dando diferentes procesos revolucionarios como la Revolución Haitiana, que llevó la bandera en el acto de abolición, lucha y libertad (Benítez Rojo, 1998). Estas revoluciones surgieron como «creaciones» culturales enraizadas en procesos históricos y culturales, en los cuales la construcción de la identidad partió de lo racial: mezcla entre indio nativo y negro africano como marca ante el blanco español. Este último se constituyó como utopía,

una construcción de identidad idealizada, soñada lejos de la barbarie y la colonización.

No solo de la Plantación brotó un tipo de cultura o sociedad debido a las fricciones entre discursos de poder y procesos de resistencia. Ambos sistemas, la hacienda y la Plantación, moldearon la vida económica, política, social y cultural. Ambos hicieron emerger criollos (los insulares y los continentales), ontologías marcadas por el deseo de libertad y un esbozo de identidad políticamente constituida. Ambos tienen su origen en el periodo de colonización y conquista. Ambos demarcan límites y soberanías basados en el sentir de sus individuos, y establecen un vínculo con la colectividad y las formas de expresión, distinguidas por su estilo y particularidad. Ambos se han forjado en espacios de conflicto y resistencia mediados por el dolor y las fricciones.

Es así se teje un Caribe que es una cultura/sociedad de resistencia insular/continental, como el Jano Bifronte que tiene dos caras en la misma cabeza. Aquí no se niega la importancia de cada rostro como experiencia particular, sino que se destaca la procedencia de los procesos históricos en transgresión como resistencia contra el mismo poder: la Colonia. Aquí se muestra un Caribe con un mismo cuerpo como proceso de colonización, misma cabeza como ontología-cosmovisión/episteme de resistencia y libertad, y dos caras como la particularidad de cada ontología. No somos africanos, indígenas, españoles ni franceses, somos una cultura emergente en un proceso en transgresión, somos los dos rostros del Caribe.

Somos un Caribe que cuenta muchas historias-anécdotas; uno que no posee dos rostros literalmente, sino que en ese que observamos se aprecia la otra cara de la moneda, una lectura más allá de sus rasgos, de sus dialectos-lenguas, su baile, su canto, su risa, su nostalgia, su dolor histórico-político y el ansia de libertad; un Caribe que deconstruyó lo que construyeron en él, y se reconstruye poco a poco.

Si puedes ver más allá de tu nariz, verás el otro rostro, nuestro rostro, el que te sonrío con lágrimas y llora de felicidad; somos los dos rostros del Caribe.

Referencias bibliográficas

Abello, A. y Bassi, E. (2015). Un Caribe por fuera de la ruta de la Plantación. En *La isla encallada: El Caribe colombiano en el archipiélago del Caribe*. 151-182 <http://www.jstor.org/stable/j.ctt15sk9w3.8>

Benítez Rojo, A. (1998). *La isla que se repite*. Editorial Casiopea.

Gaztambide, A. (2006). La invención del Caribe a partir de 1898 (las definiciones del Caribe, revisitadas). *Jangwa Pana*, 5(1), 1-23. <https://doi.org/10.21676/16574923.441>

Mori, R. (2010). La construcción de la identidad caribeña: la utopía *inconclusa*. *Revista Exégesis*, 39-40. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcxw507> ■■■

Imagen 1. Rostros palpitantes.



Fuente: Ilustración de Yhix Crosf (Carlos Patiño) (2022).